

EL PAIS POSIBLE

En mi opinión, lo que hay que hacer, y lo que es menester evitar, es bien sencillo, y, en definitiva, lo sabemos todos. Hay que evitar, en primer lugar, las actitudes de ruptura. Es inútil ponerle calificativos; la ruptura será siempre el plantear como cuestión previa la alteración total del edificio constitucional y la rescisión plena de los equilibrios establecidos del sistema social. Si además dichas actitudes se establecen desde posiciones de revancha, o con planteamientos dogmáticos, o con exclusiones de los que a su vez aceptan el diálogo, en buena lógica sólo pueden llevar a una prueba de fuerza. Si, finalmente, se exhiben como bases de negociación objetivos maximalistas que, en el mejor de los casos, podrían ser un ideal objetivo de llegada, y nunca una realista posición de salida, todo ello lleva a la ruptura de la baraja antes de que se deje volcar la mesa.

No vale decir: ahora voy a jugar yo solo con nuevas reglas de juego. Se puede iniciar una partida con más jugadores; pero sin derribar el casino y sin vetar a los jugadores que ya están.

Hay que evitar, igualmente, las actitudes de excesivo recelo. Si entran miembros nuevos en el club han de poder venir con su propio traje y no disfrazados; han de entrar por la puerta principal y no por la trasera; y se deberá considerar seriamente cualquier propuesta razonable para mejorar el Reglamento.

El juego ha de ser sin trampa, con las cartas boca arriba, y sin pistola al cinto. Hay que dejar el tremendismo, el mentarse la familia y las lamentaciones porque la partida no pudiera haber comenzado antes.

Los equipos de jugadores deben estar bien organizados. Deben tener claros sus jefes, sus directivas, sus colores, sus señas, sus organizaciones. Es imposible jugar todos contra todos. El país no puede seguir entre preocupado y aburrido en medio de docenas y docenas de siglas, y sus cuestiones previas. Tiene derecho a que se le planteen tres o cuatro opciones claras: derecha, centro derecha, centro izquierda e izquierda, y no más, para que de verdad pueda optar por una de ellas, claramente distinta de las demás. Algunos, dicho sea de paso, lo estamos intentando seriamente.

Otra cosa importante es que, precisamente porque estamos en una transición, no podemos aplazar la mayoría de las cosas hasta que todo este arreglado. Esa sería una forma segura de hacerlo todo imposible. El Gobierno tiene que gobernar, la Administración tiene que administrar, los funcionarios tienen que funcionar; tiene que haber política económica, se tienen que contestar las cartas, hay que recibir visitas. Ya sé que esto requiere siempre un esfuerzo enorme; pero si no se hace los problemas pequeños y los medianos se suman a los grandes y se produce el caos.

El país de la reforma es posible; los países del desastre no son necesarios. Pero hay que trabajar,

darse prisa y actuar con autoridad. Subrayo la palabra autoridad: el país la desea, la echa de menos. La autoría política exige autoridad; sólo se pueden hacer cosas con autoridad, bien ganada, bien consolidada y sistemáticamente ejercida con decisión.

A lo largo y a lo ancho del país, enmedio de chispazos, se advierte un extendido deseo de paz, de orden, de continuidad, de desarrollo, de normalidad. Cierto que también se desean cambios y reformas. Pero la mayoría está dispuesta a aceptar arreglos prudentes y compromisos aceptables, sin arriesgar aventuras. Sería pedir demasiado a la mayoría de los ciudadanos el exigirles que se convirtieran todos en militantes de un grupo político; pero sí debería producirse un mayor interés por la cosa pública, sobre todo en los meses decisivos que faltan hasta la próxima elección general; un mínimo de atención a los esfuerzos que van a tener lugar para presentar opciones entre las que puedan decidir.

En una gran nación moderna el pueblo no puede reunirse en el ágora o en el foro para cambiar impresiones como en las viejas ciudades-Estado. Pero el ciudadano no puede quejarse de que las cosas vayan mal si ha tenido una oportunidad pronunciarse sobre los equipos gobernantes y sus fórmulas y programas y no la ha utilizado. Tampoco será posible reducirse a las últimas semanas antes de las elecciones para averiguar dónde están los grupos de personas serias, razonables, honradas, experimentadas y cuáles son sus programas.

Ni menos podrá juzgarse sobre todo ello con la lectura apresurada de los últimos comentarios sensacionalistas o parciales de este o aquel columnista, cuyo principal problema es mantener en pie su propia columna, mas que ilustrar objetivamente a sus lectores.

Por eso el país posible es simplemente el país que nosotros hagamos posible, con nuestro esfuerzo, con nuestra seriedad y con nuestra dedicación... Si metemos la cabeza debajo del ala haremos posible los otros países, los que no nos convienen, pero que tampoco son imposibles. Los pueblos, se ha dicho, tienen los Gobiernos que se merecen; y hay muchas ocasiones en que esto es verdad.

Sepamos, pues, poner la mano en el arado y abrir el surco. Numerosas veces he comprobado que muchos conciben la política no como la lucha bien reglada entre equipos (como en el fútbol), sino como una corrida de toros en la que el diestro está solo en el ruedo recibiendo de los terdidos aplausos o insultos, pitos o palmas, pero no ayuda. Ya no puede seguir siendo así, entre otras cosas por el tamaño de los toros, y porque ahora salen todos a la vez.

Manuel FRAGA IRIBARNE

(«ABC»)